

Amarilla

TORRE

Nadia Nadie

Judith Segura

Ilustraciones

Amanda Mijangos





Nadia Nadie

Nadia Nadie

D.R. © 2017, Judith Segura Medina por los textos

D.R. © 2017, Amanda Mijangos por las ilustraciones

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2020

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,

Benito Juárez, México, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril de 2020

Coordinación editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota

Edición: Lorenza Estandía González Luna y J. Lizbeth Alvarado Mota

Coordinación de diseño: Gustavo Rivas Romero

Corrección de estilo: Luis Bernardo Pérez

Diagramación: Judith Sánchez Durán y Carlos García Ortega

Impreso en México — *Printed in Mexico*

SAP: 61091461

ISBN: 978-607-13-0858-0



Nadie Nadie

Judith Segura

Ilustraciones

Amanda Mijangos

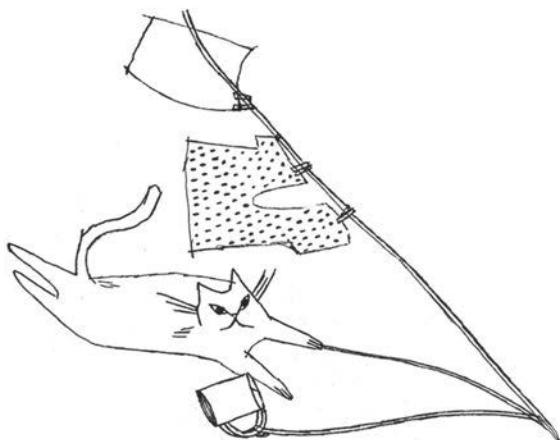
 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

*A los hermanos mayores les toca
cargar niños, cambiar pañales; deben dar
un buen ejemplo y portarse siempre bien;
muchas veces ellos se llevan los regaños y las
nalgadas que los más chicos logran esquivar.
Los hermanos mayores también son un puerto
donde refugiarse cuando estás en apuros,
por eso les dedico esta historia.*

Índice

Una página del diario de Gina	9
La casa de los objetos flotantes	11
Promesas al aire	25
La ausencia	39
Volver.....	47
Puerto en puerta	51
Mudanza se escribe con prisas.....	59
Un adiós dibujado.....	63
Objetos quietos	67
Se busca a papá	71
<i>Perfect school</i> para <i>perfect girls</i>	75



Otro primer día de clases	83
Doña Moda	95
Deshojando una duda.....	103
<i>Cool o loser, ésta es la cuestión</i>	105
La orientadora se desorienta.....	111
Familia disfuncional	117
Nadia en el más allá.....	125
En un muro en ruinas	131
Joyería de fantasía.....	143
Todas somos gitanas (otra página del diario de Gina).....	153



Una página del diario de Gina

*E*scribo esto en un cuaderno, en medio de la noche. Ni siquiera tengo una lámpara para alumbrar las páginas. Es que lo que quiero contar no es chistoso ni son aventuras divertidas. Puede ser que de repente vean mi letra hacerse chica o exageradamente grande, irse hacia abajo o retorcerse nerviosa.

Nadia Nadie.

Te veo observando una pared bombardeada. Tendrías unos doce años. Con el dedo seguías el rastro de las grietas, usabas también tu sombra, que se movía sobre las manchas de cochambre que parecían continentes... Ahora sé que eso hacen aquellos que quieren permanecer, quedarse en los otros.

Decías que tu padre había ido a la guerra, y yo me burlaba y pensaba que eso lo habías inventado para hacer tu vida más interesante.

Nadia Nadie. Recuerdo quién te puso ese apodo: una niña que aún no descubría quién era, que vivía asombrada por el falso brillo de querer ser popular.

Al principio yo fui la única que te dirigía la palabra: te dije que llevabas el escudo en el lado contrario. “Un buen escudo se lleva sobre el corazón”, respondiste.

No te defendías, no respondías a las burlas de las demás. Hacías como que no pasaba nada. Pero te vi tragarte las lágrimas o limpiarlas con tu suéter.

Yo te contaba de mi papá cada vez que podía: “Mi papá nos llevó a montar a caballo. Mi papá me compró este suéter de algodón. Mi papá es biólogo”.

Tú sólo sonreías.

Te preguntábamos quién era tu papá y hacías el gesto de quien se queda dormido:

—¿Murió?, ¿se fue?

—¿Fue por cigarros y no volvió? —nos reíamos a coro.

—Fue a la guerra y no ha vuelto.

—¿A la primera o a la segunda guerra?

—Está combatiendo —explicaste y, ¡idiablos!, sonreías.



La casa de los objetos flotantes

Ésta es una casa muy caótica. Parece como esas esferas transparentes que agitas y volteas para ver cómo caen copitos de nieve en cámara lenta sobre una cabaña de troncos. Los objetos de esta casa son esa nieve: trastes, ropa, libros que nunca pueden quedarse en su lugar. Las cosas aquí siempre se están moviendo, se escapan de las manos, buscan el desorden. Hay juguetes en la mesa de la cocina y una licuadora en el baño que, quizá, los niños usaron para algún experimento. Hay sábanas colgadas como cortinas y platos de comida vieja sobre el televisor. Parece el campamento de unos gitanos y no un departamento en pleno eje vial.

Sonia es la mamá puedelotodo que intenta ordenar los objetos que están fuera de lugar, a veces se enreda y tropieza, pero se levanta y sigue

acomodando. Es acuífera y ha navegado tantos mares que su piel está surcada como la de un pirata y así lleva la casa, como un barco, a veces a todo vapor, a veces al garette. Sonia es inquieta: entra, sale, toma, avienta, prepara, rueda, empuja, acomoda, limpia, quita, pone y vuelve a acomodar lo que el pequeño Daniel dejará en el pasillo a los pocos segundos. Además de ser la jefa ama de casa se dedica a los números: lleva la contabilidad de unas personas a las que llama clientes y trabaja en casa. Su oficina es la noche y trabaja cuando su familia duerme.

Daniel es el más pequeño, es el explorador que descubre fósiles en las piedras y convierte calcetines en serpientes. Le gusta hacer filas de dinosaurios y otras bestias de plástico, del más grande al más chico, surcando el pasillo entero.

Sentada en el piso está Paula: intenta dibujar un león tal y como lo ve en un libro y se desespera cuando descubre que su dibujo no se parece al de la lámina. Ella tampoco está nunca en su lugar, es una acróbata de lentes gruesos y más que caminar va saltando por toda la casa.

Sonia descansa un minuto de su tanto hacer y decide sentarse un momento a pensar qué va a preparar para la cena con los pocos ingredientes que hay. Aunque en esta casa la despensa se convirtió ya en un espacio vacío, Sonia se las arregla cada tarde para cocinar algo: papas principalmente, con mantequilla o crema o sal.

Llama a cenar.

Manuel no es volátil, se mueve muy poco, aunque sus estados de ánimo sí que son explosivos. Por momentos es dulce y cariñoso, hasta juguetón, pero de repente se deja arrebatar por la ira. A diferencia de Sonia, Daniel y Paula, él se mantiene inmóvil, hechizado por el fútbol. Si hay algo que ancla este barco en la desesperanza es él: su camisa se confunde con el sillón de rayas. Sólo mueve el brazo cada tanto para beber.

Hoy la cena se va a servir frente al televisor. Sonia ya colocó mesitas con manteles de yute y tenedores frente a cada miembro. De una jarra emerge el olor del jarabe de jamaica. Daniel corre a sentarse con ellos y tropieza y sus dinosaurios caen como piezas de un dominó jurásico, se levanta y va hasta una silla un poco más alta que las demás; Paula salta por los sillones hasta aterrizar en un banquito frente a la mesa; Manuel se prepara un nuevo ron.

Thelma despierta de su siesta felina y se sienta a relamerse los bigotes.

—¿Y Nadia? —pregunta Manuel sin soltar el vaso ámbar relleno hasta el tope.

—No sé, supongo que en su cuarto —su esposa, Sonia, responde sin mirarlo.

—Ha de estar otra vez escribiendo en su cuaderno secreto —sonríe Paula.

—Tu hermana es una poeta —en dos sorbos Manuel se acaba la mitad de la bebida.

Quiero un jardín sin puertas
un jardín con tinta indeleble
donde perduren las hojas y los ríos,
que huela a nuevo,
un jardín en medio de las discusiones,
un jardín que no sea tan chico
pero que quepa en las uñas
un jardín de risas,
no de ortigas sino de orugas
un jardín de **sueños...**

—Estoy seguro de que me llamarán para ese trabajo —rompe el silencio Manuel frente a su plato de arroz, con la vista clavada en el monitor.

—Ojalá. Ahora métete a bañar. En todo el día no has hecho más que beber y ver televisión —le reclama Sonia retirando los platos.

—¿Y si me llaman?

—¡Pues sales del baño y contestas!

—¿Y si me resbalo?

—Ya son las seis, no creo que llamen hoy... ya se acabó el trabajo de las oficinas.

—Otra vez no me van a llamar, ¿verdad?

Los pequeños sacan sus bicicletas al pasillo, pero Manuel sigue hipnotizado, perdido.

—¿Vamos al parque? —le grita Paula.

Me gusta escribir **poemas** y **cuentos**. A mis hermanos les gustan mucho. Más o menos así va el favorito de Paula:

Se cuenta que hace muchos, muchísimos años, una niña voló tan alto desde el columpio que al soltarse quedó colgada



de una rama de un eucalipto de diez metros de altura y ahí permaneció días y días, desmayada. Cuando despertó, lloró pidiendo auxilio, pero nadie la escuchó... Estuvo sostenida sólo de su blusa en la rama, hasta que la blusa ya podrida se deshizo y la fuerza de gravedad hizo su trabajo, pero cuando caía sus brazos se convirtieron en alas y comenzó a volar por encima de la ciudad.

En el televisor aparece una mujer que gira la cabeza en cámara lenta: su cabellera es una cortina de terciopelo negro y lacio.

“Para cabellos más lisos y brillantes”, dice una voz.

El televisor merolico hipnotiza a Manuel que sólo acierta a decir:

—Mira, Nadia, para alaciar rizos.

—Pero a mí me gustan mis chinos —aparece una niña pelirroja, corpulenta y pecosa. Trae un cuaderno negro en la mano.

—Así es, hija, por eso te lo digo, porque tu cabellera es hermosa —se ríe solo—; la tele dice puras mentiras, ya sé, y hace sentir a la gente insuficiente y... —a estas alturas del día su voz ya se arrastra y ya comienza a ser difícil entender qué dice.

Daniel echa su bici a un lado y se acerca escalando los cojines y juguetes que están sobre el sillón. Se pone frente a Manuel, lo toma de la cara, lo jala de la barbilla y le grita:

—¡Vamos al parque, papá!

Su padre se deja hacer. Pero abre aún más los ojos y vuelve la mirada al monitor.

—Muñeco sin pila —le dice al oído a su papá, le levanta el brazo y lo deja caer—, muñeco sin pila.

Ahora comienza el anuncio de los hombres de acción.

—¡Ése quiero, ése quiero, el que vuela! —grita Daniel.

—En realidad no vuela, Dani —refunfuña Manuel—. Son puras mentiras de la tele, pura publicidad.

En la pantalla aparecen automóviles nuevos, de velocidad turbo, de la marca tan conocida. Van tan rápido que se salen del monitor, quieren estrellarse en la cara de Manuel y él se los quita de un matotazo.

—¿Sabes qué? Vayan a dar una vuelta ya —le pide Sonia a Nadia señalando a Manuel con los ojos.

Daniel se sube en su padre, le da un cojinazo.

—¡Sí, vamos, vamos! Arre, papá —luego maneja sobre él una motocicleta invisible—, run, run, run...

Thelma decide participar en el juego. Daniel la levanta en brazos:

—¡Thelma puede volar! —dice arrojando a la gata directo a la cara de su padre, quien aparta al animal con el brazo haciéndolo volar por los aires...

La felina gruñe al golpearse contra una mesa y Paula grita con su voz agudísima que no la lastimen. Todos comienzan a pelear, la gata sigue maullando y Sonia les grita a todos que se calmen y que escuchen:

—¡El teléfono está sonando!

Manuel se levanta con esfuerzo, intenta caminar derecho y tropieza. Al parecer Thelma anda cerca porque suelta un gran chillido que hace saltar a Paula.

—¿Estás bien, gatita? —dice ella mientras se inclina para levantarla.

Sonia mira el teléfono como si fuera una rata rabiosa.

Piii, piii, piii...

Manuel se asoma al identificador de llamadas. Pero no está en condiciones de leer el número que aparece en la pequeña pantalla.

—¡Callados! —ordena.

Piii, piii, piii...

Podrían ser los del banco, los de la hipoteca, los del colegio al que ya no asisten pero que aun así exige el pago de las colegiaturas que se adeudan. Podría ser la abuela, quien necesita apoyo para bajar las escaleras o subir un garrafón de agua. Podría ser alguien ofreciéndole trabajo.

Piii, piii, piii...

Manuel abre los ojos. Busca a Nadia. La mirada de su hijastra siempre lo tranquiliza.

—Diles que no estoy, pero que el lunes me presento.

Sonia toma el auricular y se lo entrega a Nadia, que sabe contestar con voz secretarial.

—Buenas tardes, casa de la familia Arizmendi.
¿Aló?

Paula suelta una carcajada que su padre ahoga de un manazo.

—Sí... así es, pero él no se encuentra en ese momento. ¿Gusta llamarle mañana? ¿El jueves temprano? ¡De acuerdo!

Manuel intenta arrebatarse el teléfono. Pero ella cuelga.

—¡Debí contestar!

—Dijiste que contestara. ¡No puedes responder en ese estado!

—¿Cómo se escuchaba la voz?

—Equis.

—¿Era amable?

—Equis.

—¿Eran buenas noticias?

—¡Equis, papá, equis!

—¿Sólo sabes decir equis? ¡Necesito saber!

La mirada del padre ya no es amable.

—La próxima vez necesito que le saques más información, ¿me oíste? ¡Ahora no podré dormir de aquí hasta el jueves!

Ella cierra los ojos. Su madre le aprieta el hombro:

—Hiciste bien, Nadiushka. Que lo llamen después... cuando se le baje la borrachera. Y tú, Manu, ¡lleva ya a los niños al parque! —ordena.

Sonia porta la mascada de flores, la que usa cuando limpia la casa de la *alpha* a la *zeta* y pone sillas y gente patas p'arriba.

—Vayan ya mismo al parque... caminar un poco te pondrá bien, ¿ok?

En la voz de Sonia hay un dejo de alegría, siente que quizá ésa sea la llamada. Después de todo Manuel estuvo unos días antes repartiendo volantes que ofrecían sus servicios como plomero, carpintero o mecánico. Sabe que es talentoso. Tiene buenas ideas. Quiere confiar en él.

Mi padre filibustero,
mi padre funámbulo,
mi padre mitómano,
mi padre haciendo acrobacias con los pagos de la renta...

Mi padre decepcionado

dijo que quería ser inventor,
demostrar con una máquina
el movimiento perpetuo.

Quería podar jardines con cabras ambulantes
y regalar viajes astrales en columpios
con los ojos vendados.

Intentó ser pianista por sus dedos largos
y audicionó como director
con una orquesta de ovejas
y dirigió el coro de los niños
con una rama de apio.

Mi padre filibustero

compró acciones de una compañía telefónica en quiebra
y mintió sobre su edad cuando se casó con mi madre.

Nadia, la niña mayor, reúne a los pequeños, las bicicletas, los suéteres y toma a su padre de la mano.

—No quiero ir al parque —reclama Manuel como un niño caprichoso.

—No me importa —responde ella como una adulta enojada.

Los objetos vuelven a moverse de sitio, se espabilan solos, se agitan como fantasmas, se reacomodan. Una camisa flota hasta Manuel, una mano invisible esconde la botella ámbar en el horno de microondas.

Se le pinta una sonrisa a Manuel en el rostro cuando se enjuaga y se mira las cejas empapadas en el reflejo.

—Vayan. Al rato estará lista la cena —Sonia lo despide.

—Si llaman, díles que no tardo, pero toma el mensaje —balbucea Manuel—. En un rato regreso como nuevo, vamos a respirar aire puro.

Hay un guiño de ojo, una sensación de incertidumbre, de no saber qué va a ocurrir: el misterio.

Los pequeños se van por delante en sus bicicletas. La tarde aún está soleada.

Su padre se sienta en una banca y mueve los pies como si escribiera algo en la tierra. Nadia se sienta junto a él.

—Mira, hija, las golondrinas. ¿Sabes por qué planean bajito?

—Sí, pa.

—¿Ya te lo dije antes?

—Sí. Según tú les gusta jugar con el aire.

Contemplan en silencio a Paula dar vueltas con su bicicleta alrededor de un árbol. Daniel intenta lo mismo.

—Cuando eras chiquita nos comunicábamos telepáticamente, ¿te acuerdas? Yo te decía: “piensa un color” y yo adivinaba cuál habías pensado.

—No, era al revés, tú pensabas el color y yo adivinaba cuál era.

Manuel siente alivio de saber que ella recuerda eso.

—El dinero se va en un abrir y cerrar de ojos, hijita. Tu mamá está furiosa pero yo...

—Está bien, pa, tranquilo.

Preguntas sin resolver (de mamá a papá):

¿Por qué esta casa siempre está tirada?

¿Por qué tus zapatos se hacen grandes, más grandes, cuando están fuera de su lugar?

¿Por qué dejas tu pantalón hecho bola?

¿Por qué no logras mantener un empleo?

El sol se esconde poco a poco detrás de un eucalipto; pero antes de ocultarse del todo le pega en la cara a Manuel, que cierra los ojos. Hace días que no se rasura.

—Papá, vi en la televisión que nuestro país está en guerra.

—Son puras habladurías, hija, no les creas nada. Este país es grande y bueno. Todo es una mentira. Eso sí, los políticos nos han dejado pobres, mírame

a mí que ya no me contratan... yo sí que estoy en guerra.

—¿Cómo que en guerra, pa?

—Hay, hija, pues ya sabes... con todo esto de no traer dinero a casa y pues no poder dejar esto...

—Papá... —el final de su frase es “ya no bebas”, pero sólo la piensa. Cuántas veces lo ha querido decir, pero sus mandíbulas siempre se traban.

—De algo me he de morir, hija —ríe Manuel y muestra su diente de oro, brillando al sol, que se sigue extinguiendo—. ¿Ves? Aún leo tus pensamientos.

Silencio.

—¡Ándale! ¡Súbete a los columpios, aunque sea un ratito!

—Ya no da tiempo, papá; se está haciendo tarde.

Los pájaros están arremolinándose para ir a dormir al eucalipto.

—Ya va a oscurecer, mejor nos vamos —ordena la niña mayor.

Su padre obedece, pero le cuesta trabajo levantarse de la banca. Ella lo ayuda.

Resulta complicado separar a Daniel de su circuito de carreras.